

Soy un joven de veinticuatro años en la ciudad de Guayaquil, y siempre me he preguntado cómo he llegado hasta este lugar, el que parecía ajeno y desconocido, aún más cuándo se suponía que debía existir un propósito vital que debía cumplir.

Por eso cuestioné la forma, ¿Cómo acabé en esta situación? Este no debía ser el resultado final. Me adentré en lo más profundo del yugo y allí estaba en el jardín, huyendo de las esperanzas, derramando mis tristezas y lo único que me sostenía era el coraje que me vió crecer, junto a mi madre la encontré en la punta de un vasallaje con las flores que un día plantó para mí. Todo eso he construido, pero aún no me crecen las raíces por fuera.

Sigo esperando.

El futuro es incierto y me aterra saber si estoy o no dónde debería estar, me cuestiono todos los días, cada segundo en cada momento si realmente doy lo suficiente, si merezco un cambio, si pertenezco a esta ciudad, si alguien me convence a quedarme. Quisiera encontrar las respuestas en el fondo de un mar lleno de ideas, realidades que me arrastren hasta un manglar y me ensucie de futuro, de reconocimiento, libertad y sobre todo que me enseñe a desnudar mi alma e identificar la forma con la que existo.

Porque eso soy, un despojo de la tierra, pisando la calzada caliente con los pies descalzos y un pincel para fundirme en el recóndito color de mi lienzo. Soy ese minúsculo fragmento que conforma parte del todo, y reconozco ese todo, después de mi.